

23 de noviembre de 2024 - Sábado de la ^{33ª} semana par

[Ap 11, 4-12; Lc 20, 27-40](#)

H o m e l i a

Queridos hermanos y hermanas

Cuando intentamos imaginar cómo será la vida después de nuestra muerte física, sólo podemos hacerlo utilizando imágenes que correspondan a nuestra vida aquí en la tierra. Y eso es lo que hace la Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Es incluso lo que hace Jesús, en sus parábolas, donde describe o la felicidad eterna con Dios, o la desgracia eterna si no hemos vivido en el amor aquí en la tierra.

Evidentemente, sólo podemos imaginar el más allá con imágenes. Y las únicas imágenes que tenemos son las que corresponden a nuestros sentidos: lo que podemos ver, oír, tocar y oler. No hay nada malo en utilizar todas las imágenes que tenemos para imaginarnos la vida en el más allá. Pero lo importante es no olvidar que la realidad es muy distinta e infinitamente más bella que todo lo que podemos expresar con esas imágenes.

En la época de Jesús, había dos grandes escuelas de pensamiento entre los maestros de Israel: los Fariseos, que creían en la resurrección de los muertos, es decir, en una vida en el más allá, después de nuestra muerte física, y los Saduceos, que no lo hacían. Fueron los Saduceos quienes, en el texto evangélico que acabamos de leer, intentaron atrapar a Jesús imaginando una historia bastante inverosímil sobre una mujer que había tenido siete maridos, uno tras otro, y que preguntó a Jesús de quién sería esposa en el cielo.

La respuesta de Jesús fue que no habían entendido nada. Se imaginan la vida en el más allá como una continuación de la vida física aquí abajo. Será muy diferente. Aquí abajo, nuestra vida está sujeta a los límites del tiempo y del lugar. Vivimos siempre en un tiempo y en un lugar determinados. Dios, cuya existencia compartiremos, está más allá de esos límites. Nuestra relación con Dios consiste enteramente en ser una relación, una relación de amor. Jesús cita una palabra dirigida a Moisés, en la que Dios se le presenta como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Ellos no vivieron al mismo tiempo. Si Dios es -y no fue- el Dios de cada uno de ellos, es porque todos siguen vivos, incluso después de los pocos años que vivieron en la tierra. No es el Dios de los muertos. Es el Dios de los vivos. Si es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, también es, y siempre será, el Dios de cada uno de nosotros.

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Y eso debería hacernos tomar conciencia de algo semejante en todas las verdades de fe. Dios es más grande, infinitamente más grande que cualquier cosa que podamos decir, pensar o sentir sobre él. Todas las imágenes y fórmulas que utilizamos para hablar de Dios y de las cosas divinas, incluidas las definiciones dogmáticas más importantes, son sólo débiles aproximaciones a una Realidad infinitamente más grande y más bella que cualquier cosa que podamos decir o pensar sobre ella. Esto debería hacernos muy humildes con respecto a todo nuestro conocimiento y experiencia de las cosas divinas, y hacernos comprensivos con respecto a otras personas que pueden expresar las mismas realidades con fórmulas muy distintas de las nuestras, aunque nos parezcan lógicamente contradictorias. Lo único que importa, en definitiva, es nuestra relación con Dios, una relación que es amor: la única forma de verdadero conocimiento de Dios.

Armand Veilleux